

« porque, decía, sufro cruelmente en estas llamas!... *Crucior in hac flamma.* » ; Y aquella gota de agua le fué negada!...

¿No comprendéis, hermanos míos muy amados, que esta vida mundana y puramente animal que tantos cristianos llevan, no les impide de tener gran necesidad de convertirse?... Sí, todos, hasta aquellos de entre nosotros que pretenden ser los mejores, debemos decir como el Hijo pródigo : « Me levantaré, iré á encontrar á mi Padre y le confesaré mis pecados... » ; Ojalá que todos nosotros podamos comprender, hermanos míos, esta necesidad y corresponder, durante esta santa cuarentena, á los designios que sobre la salvación de nuestras almas tiene el Padre tan bueno que en el cielo tenemos!... ; Así sea!

## SOBRE EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

### INSTRUCCION TERCERA.

TERCER MIÉRCOLES DE CUARESMA (*oración de la noche.*)

Necesidad del exámen de conciencia; qué condiciones ha de tener.

TEXTO. *Recogitabo tibi omnes annos meos...* Examinaré en vuestra presencia, oh Dios mio, la manera como he empleado los dias que me habeis concedido.

(ISAÍAS, XXXVIII, 15)

EXORDIO. — Esta noche, hermanos míos, empezaremos esta instrucción con una historia, ó si lo preferís, con una parábola. A un comerciante negligente le iban muy mal los negocios; tenía muchos acreedores; todos le perseguían, le amenazaban con llevarle á los tribunales, con hacerle declarar en quiebra... Arruinado por completo, no tenía recurso alguno para cubrir ni siquiera la más insignificante de sus deudas.

¡ Cuán triste era su posición!... Iba tal vez á abandonarse á la desesperación, cuando aconteció lo que os voy á referir. Un acaudalado banquero se interesa de repente por él, llama á su lado al desventurado comerciante y le dice : « Amigo mio, estoy enterado de su situación; ya sabe que no le necesito á V. para nada, únicamente la compasión me mueve á interesarme por su suerte. ¡ Pues bien! Quiero, por pura bondad de corazón, alejarle del abismo donde se halla, librarle de esa deshonrosa bancarrota que le amenaza... Vamos, pues; examine detenidamente sus libros; tome una nota exacta de todas las cantidades que debe, y después venga á verme : yo pagaré hasta la última de sus deudas.... »

Los sentimientos que experimentó el comerciante, su reconocimiento, es cosa que sería difícil explicar. Lleno de alegría, se vuelve á su casa; pero en vez de repasar sus libros, de depurar sus cuentas, de tomar una nota exacta de todos sus acreedores, se limita á pensar no más que en los dos ó tres que más vivamente le apremiaban y que le daban más tormento; olvídase de centenares de otros... Vuelve á encontrar al generoso banquero y le dice : « No veo más que dos ó tres personas á quienes debo : una cantidad tal bastará para liquidar mi situación y ponerme tranquilo. » Se le entrega la suma que pide. Pero desde el dia siguiente acude una multitud de acreedores de los que había olvidado, á reclamar lo que les debe y á perseguirle con insistencia. De modo que aquel comerciante, gracias á su negligencia y apesar de la generosidad de su bienhechor, se encuentra en un estado peor tal vez que antes.

PROPOSICIÓN. — Hermanos míos muy amados, mi intento es aplicar esta parábola, demostrándoos la necesidad del exámen de conciencia, para que Nuestro Señor Jesucristo nos perdone todos nuestros pecados, y para que el sacramento de la Penitencia produzca en nosotros todos sus efectos, cuando tengamos la dicha de recibirlo.

DIVISIÓN. — *En primer lugar*, necesidad del exámen de conciencia antes de la confesión; *en segundo lugar*, condiciones que debe tener este exámen : dos pensamientos en los cuales vamos á fijar nuestra atención.

*Primera parte.* — Necesidad del exámen de conciencia. Realmente,

hermanos míos, no hay necesidad de que nos extendamos mucho en hacer á nosotros mismos, infelices pecadores, la aplicación de la parábola que acabo de referir. Vosotros la comprendéis fácilmente. Aquel pobre comerciante de que os hablaba es, cristianos, cada uno de nosotros. Con nuestras infidelidades, con nuestras infracciones de la ley de Dios, contraemos diariamente nuevas deudas con la justicia divina y ya sabéis que estas deudas nosotros no las podemos pagar por nosotros mismos: la cosa es imposible. En efecto ¿cómo satisfacer, Dios mío, á vuestra justicia? ¿Es menester pues resignarnos á sufrir por toda la eternidad esa cárcel que se llama el infierno?... ¡Cárcel perpétua á la que están condenados los que han de ajustar cuentas con vuestra justicia!..

Mas ahí está Jesucristo: él es rico; él posee los inmensos tesoros de la misericordia divina; él nos invita á hacer uso de ellos: « Vosotros os encontráis en la miseria, nos dice; pues bien, yo me encargo de pagar vuestras deudas; pero examinad bien el gran libro de vuestra conciencia; mirad con cuidado todas las cantidades, ó por mejor decir, todas las reparaciones que debéis á la justicia divina, á la santidad de Dios. Venid á enumerarlas todas en el tribunal de la Penitencia é yo pagaré por vosotros: yo os aplicaré los méritos de los padecimientos que he soportado, de aquella muerte que padecí en el Calvario. » — ¡Gracias, oh buen Jesús, bendito seáis por vuestra bondad para con nosotros!...

Nosotros le dejamos, felices, contentos con esta promesa; pero, indolentes, en vez de repasar nuestras cuentas, en vez de examinar cuidadosamente nuestra conciencia, en vez de investigar atentamente las faltas que hemos cometido, venimos á confesar únicamente unos cuantos pecados que nos acuden á la imaginación (y que con frecuencia no son los más graves): « He dejado de hacer mis oraciones de la mañana y de la noche: no he asistido á la santa misa el domingo, y algunas otras faltas por el estilo... » ¡Ved ahí, oh generoso Salvador, las únicas deudas que pretendemos tener contraídas con la justicia de vuestro Padre!... ¿Qué tiene de extraño, hermanos míos, que después de una acusación tan superficial y de la negligencia que hemos puesto en examinarnos, nos veamos todavía amenazados por la justicia divi-

na y condenados, como el comerciante de que os he hablado, por nuestra negligencia á un suplicio que la generosidad de nuestro divino Redentor nos habría querido evitar?...

Sí, hermanos míos, es necesario, es indispensable, lo repito, examinar nuestra conciencia antes de acercarnos al sacramento de la Penitencia... Cuanto más tiempo haga que no os hayáis confesado, más tiempo, cuidado y atención teneis que poner en el exámen. La misma Iglesia nos enseña por boca del santo concilio de Trento, que debemos tratar del perdón de nuestros pecados como de un asunto importantísimo... Y en realidad, cristianos, ¿qué puede interesarnos más, desde el momento en que se trata del perdón de nuestros pecados? Añade la Iglesia «que en el exámen de nuestra conciencia debemos emplear esos atentos cuidados, esa extremada diligencia que se acostumbra usar en los asuntos más formales.» Y convengamos, carísimos hermanos míos, en que no damos al exámen de conciencia la importancia que se merece. ¿No hay algunos que lo descuidan por completo? Y dirigiéndome á la mayoría de nosotros; veamos ¿lo que hacemos es realmente un exámen de conciencia?... ¡Quiá! Leemos á toda prisa, sin atención, sin invocar las luces del Espíritu Santo, sin darnos á nosotros mismos el tiempo necesario para reflexionar, una fórmula de exámen impresa en un libro cualquiera, y después nos vamos á confesar... ¿Y á esto llamamos examinar nuestra conciencia?... Nó, hermanos míos, nó, no es así como debe hacerse un exámen formal. ¡No me sorprende que con frecuencia el sacramento de la Penitencia sea inútil é ineficaz!... El miércoles anterior os lo decía, el remedio más bueno, tomado sin preparación, no puede producir efecto alguno...

*Segunda parte.* — Veamos ahora cómo debemos examinar nuestra conciencia y las condiciones que este exámen ha de tener.. Acordémosnos, hermanos míos, de lo que se nos enseñaba sobre este punto, cuando asistíamos al catecismo... Se nos decía que, para examinar bien nuestra conciencia, era menester primeramente ponernos en la presencia de Dios é invocar las luces del Espíritu Santo para conocer nuestros pecados. Después se nos enseñaba, en segundo lugar, que era menester buscar cuidadosamente las faltas que habíamos cometido desde nuestra última confesión, y emplear en este exámen un tiempo suficiente....

¿Qué se nos quería decir cuando se nos recomendaba que nos pusiésemos en la presencia de Dios?... ¿No lo estamos siempre? ¿no sabemos que Dios está en todo lugar?... Es verdad, hermanos míos; pero esta presencia de Dios que nos ve, la olvidamos con frecuencia... Aquí se trata de recojernos, de concentrarnos, de recordarnos vivamente, antes de examinar nuestra conciencia, que estamos bajo la mirada de Dios, mirada á la cual nada escapa, y que, por consiguiente, debemos poner todo nuestro cuidado y la mayor buena fé en el importante acto que vamos á realizar.

Mas, ¿para qué invocar las luces del Espíritu Santo?... ¡ Ah, carísimos hermanos! es que tenemos necesidad de su auxilio; sin él nuestra memoria no podría recordarnos todas nuestras faltas. Y sobre todo, oh divino Espíritu, vuestra asistencia nos es indispensable para que podamos apreciar la magnitud, la malicia del pecado y el ultraje sensible que á Dios hace... Ayudados con vuestras divinas luces, comprendemos lo que hay de criminal en ciertos actos que, sin ellas, nos parecerían indiferentes.

Cuando pues estamos concentrados, recordándonos la presencia de Dios, cuando hemos dirigido una súplica al Espíritu Santo para que se digne iluminarnos y acudir en nuestro auxilio, ¿qué debemos hacer? Buscar cuidadosamente las faltas que hemos cometido... ¿Tengo necesidad de añadir lo que se nos ha repetido más de una vez, á saber que hay que tener orden en esta operación : que el método más fácil es seguir los mandamientos de la ley de Dios, los mandamientos de la Iglesia, y los pecados capitales ; después ver cómo hemos cumplido los deberes de nuestro estado, sin olvidarnos de echar una ojeada espiritual sobre las circunstancias especiales en que nos hayamos encontrado, y sobre las costumbres, los hábitos á que tenemos mayor inclinación ? Todas estas cosas, ya las sabéis, basta recordáoslas...

Pero hay un punto muy importante, sobre el cual llamaré vuestra atención : es sobre los pecados de pensamiento. Hácese el exámen de los actos ; uno se acusa más ó menos fielmente de ellos. Pero son pocos, hermanos míos, los que investigan seriamente las faltas que han cometido con el pensamiento. Y sin embargo, el corazón, el pensamiento, la intención, es lo que hace mala la acción. Todos vosotros conoceis

esa yerba testaruda, que hace la desesperación del labrador, y que llamamos *grama*. ¿Podrías destruirla, si os contentaseis con segarla? — Nó. — ¿Qué haceis para limpiar un campo invadido por esta yerba?... Lo labrais profundamente para levantar las raíces; pasais muchas veces la rastra. Y si esto no basta, vais con ganchos á arrancar hasta las últimas fibras de sus raíces, y las haceis subir á la superficie del suelo á fin de que el sol las seque... Asimismo, hermanos míos, los pensamientos son la raíz donde se apoyan nuestras acciones, y si nos contentamos con acusarnos de ciertos actos, sin examinar los pensamientos que han sido causa de ellos, dejamos en la tierra todas las raíces de la grama : hacemos un trabajo inútil.

Hagamos algunas aplicaciones; porque quiero que se me entienda bien... Os acusais de haber calumniado á vuestro prójimo; pero no decís que, á consecuencia de los pensamientos de odio ó de celos que habeis alimentado habitualmente contra él, veinte veces habeis tenido la idea, el deseo de formular aquella calumnia, que os ha faltado únicamente la ocasión... Os acusais de haber sido ligero y demasiado débil en ciertas circunstancias; pero no decís que veinte veces, cien veces tal vez, habeis guardado en vuestro corazón, alimentado en vuestro ánimo pensamientos y deseos, que llamaban aquellas ocasiones en que naufragó vuestro pudor...

No puedo decirlo todo, hermanos míos, en tan delicado asunto... Básteos saber que Dios mira el corazón, ve todo lo que pasa en él, y que á sus ojos, un mal pensamiento, que hemos consentido, difiere muy poco de la mala acción que es objeto de él. Y estas faltas de pensamiento y de deseo que tan poco examinamos, producen en la conciencia heridas más peligrosas, más pérfidas que las faltas exteriores; porque desconfiamos menos de ellas, y en ellas caemos con mucha mayor facilidad. Y en efecto, uno puede cometerlas solo, sin cómplices; aquí no viene la vergüenza á imponer su saludable freno... Esto es lo que hacía decir á un santo « que esta especie de pecados se bebe como el agua, sin turbación, sin inquietud, porque no parecen ni tan grandes, ni tan repulsivos, ni tan irritantes como los otros (1)... »

(1) S. Leonardo de Port-Maurice, *sobre las faltas de pensamiento*.

No obstante, hermanos míos, estos pecados son muy graves, tenedlo por seguro. Dínos, oh Lucifer, tú que en otro tiempo fuiste el primero de los ángeles y hoy eres el primero de los demonios, lo que te arrojó del cielo y te precipitó en el infierno... Un solo pensamiento de orgullo. — Y si nosotros, hermanos míos, interrogásemos á los réprobos, ¡cuántos nos dirían : « Estamos en este lugar de tormentos por no haber vigilado sobre nuestros pensamientos y por no habernos acusado de lo de que ellos fueron objeto!... »

PERORACIÓN. — Concluyo, hermanos míos muy amados; mas, al terminar, os suplico que deis suma importancia al exámen de vuestra conciencia... De esto depende en gran parte la bondad de nuestra confesión y la eficacia que para nosotros tendrá el sacramento de la Penitencia... Sobre todo, no olvidemos penetrar en nuestro interior y, según las palabras del Espíritu Santo, arrancar el mal de nuestros pensamientos. *Auferte malum cogitationum vestrarum* (1). No lo olvidemos, al confesor se le puede engañar, pero á Dios no se le engaña. — Si al hacer el exámen de conciencia no hemos puesto todo el cuidado, toda la atención que el soberano Juez exige de nosotros; si no hemos procurado, estudiando nuestros deseos y pensamientos, destruir en nosotros hasta la raíz del mal, es de temer que Dios no nos perdonará, y que nos castigará un día por nuestra negligencia.

¿Creéis, hermanos míos muy amados, que, al tratar este punto, he querido llevar la turbación y la ansiedad á vuestras conciencias?... ¡Nó, mil veces nó! ¡Dios me libre! Mi intención es sencillamente induciros á poner todo vuestro cuidado y la más completa buena fé en vuestra confesión pascual. ¡Pueda este Dios de misericordia bendecir mis palabras y hacer que lleven á vuestras almas frutos de vida!.. Pidamos todos juntos esta gracia á nuestro divino Salvador. Adorable Jesús, dentro de un instante, dejando vuestro tabernáculo, estaréis expuesto en este altar... Cuando nuestras frentes se inclinen para recibir vuestra bendición, dignaos iluminar nuestras almas y hacernos comprender bien á todos la importancia de las enseñanzas que se nos aca-

(1) Isaías, I, 16.

ban de dar; dignaos sobre todo inspirarnos una verdadera resolución de ponerlas en práctica... ¡Así sea!..

## PARABOLA DEL HIJO PRODIGO.

### INSTRUCCION SEPTIMA.

CUARTO DOMINGO DE CUARESMA (*en la Misa.*)

Vuelta del Hijo pródigo, sus cualidades; aplicación á los pecadores.

TEXTO. *Pater, peccavi in caelum et coram te*, etc.. Padre mio, he pecado contra el cielo y contra tí.

EXORDIO. — Hermanos míos, Nuestro Señor Jesucristo, después de habernos mostrado al Hijo pródigo entrando en su interior y tomando la resolución de volver á casa de su padre, nos lo representa ejecutando enseguida y fielmente aquella buena resolución que había tomado. Pero en el relato evangélico hay una circunstancia que merece notarse... Solo en medio de aquellas tierras, sumido en la miseria, no teniendo por toda compañía más que aquellos inmundos animales, que tenía la obligación de guardar, el desventurado pródigo no solamente se concentra en sí mismo, sinó que además examina su conciencia; prepara su confesión : « Me levantaré, dice, iré á encontrar á mi padre y le diré : Padre mio, he pecado contra el cielo y contra tí... » Llegado cerca de su padre, repite esta confesión, hace estas mismas declaraciones que se había propuesto hacer... « Padre mio, he pecado contra el cielo y contra tí... » Con esto ha querido mostrarnos nuestro Salvador la necesidad de la confesión para obtener el perdón de los pecados. En efecto, la fé y la razón nos enseñan que para alcanzar el perdón de nuestras faltas, es indispensable que las confesemos con humildad y con sinceridad. La confesión es una señal

de arrepentimiento; aquel que no quiere confesar los pecados que ha cometido, no los siente como los debería sentir. « Así como el estómago, cuando ha absorbido un veneno ó contiene humores malsanos, tiene necesidad de arrojar para curarse, de igual manera el corazón, el alma manchada por las faltas, tiene necesidad de echarlas á fuera, de desembarazarse de ellas por medio de la confesión (1). » Esto es lo que nos enseña la confesión del Hijo pródigo...

PROPOSICIÓN. — Esta mañana vamos á examinar su vuelta; es la imágen de la conversión del pecador. En la conducta del Hijo pródigo, yendo á arrojarse humildemente á los piés de su padre, encontraremos todas las condiciones que deben acompañar nuestra vuelta, nuestra conversión, para que sea buena y agradable á Dios...

DIVISIÓN. — La vuelta del Hijo pródigo tuvo tres cualidades: *en primer lugar*, fué pronta; *en segundo lugar*, fué animosa; *en tercer lugar*, fué sincera. Tres cualidades que debe igualmente reunir la conversión del pecador.

*Primera parte.* — La vuelta del Hijo pródigo fué pronta. Apenas hubo reflexionado sobre su miseria, apenas sus pensamientos se hubieron dirigido hácia la casa paterna, cuando quedó tomada su resolución... *Me levantaré, dice, iré á encontrar á mi padre...* Esta resolución la ejecuta inmediatamente, sin dilación alguna: « Y levantándose, dice el Evangelio, fué hácia su padre... » No lo difiere, no dice: « Aguardemos primero á que el hambre haya cesado; tal vez no seré siempre tan desgraciado; tal vez encontraré una ocupación mejor, un amo menos duro... » Desdichado jóven, ves los harapos que te cubren: ¿ te atreverás á presentarte á tu padre en tal estado?.. Aguarda á lo menos á que te hayas proporcionado vestidos más decentes... » — Nó; si arguábase, estos harapos se harían más miserables todavía, y tengo afán de ir á decir á mi padre que mi corazón ha cambiado... — ¡ Nada de dilaciones: levántase y parte!.. Lo largo del camino, lo pesado de la marcha, nada le detiene, nada le asusta... ¡ Qué le importan esos harapos de que está cubierto? Ellos harán comprender á su padre el exceso de su miseria; tanto mejor... Partirá in-

(1) Orígenes, *apud Cornelium a Lapide.*

mediatamente, demasiado tiempo ha pasado lejos de su padre, que suspira tiempo ha por su ausencia: no quiere aplazarlo para el día siguiente; le tarda el ir á arrojarse á sus piés, para implorar su perdón... Levántase pues y va á encontrar á su padre...

Así, hermanos míos muy amados, así, pobres pecadores, tendría que ser nuestra conversión, pronta é indiferida... Nosotros comprendemos nuestro estado; sentimos que nos falta algo, que no estamos en gracia de Dios, que por el pecado mortal estamos alejados de él... ¿ Porqué no hemos de tomar la resolución de acercarnos á él enseguida, hoy mismo?.. Si el Hijo pródigo hubiese aguardado, ¿ creéis que la distancia que le separaba de su padre habría disminuido? ¿ Pensáis que el camino habría sido más fácil?.. Al contrario, debilitado por su creciente miseria, tal vez no le habrían quedado fuerzas bastantes para llegar á la casa paterna... Y nosotros, ¿ qué ganamos con esperar, con diferir de un año á otro año? — Es que yo quisiera estar más bien dispuesto, sentir con más fuerza las impresiones de la gracia. — ¡ Ah, sí, ya comprendo! quisierais ser un santo ó una santa, antes de convertirnos... La miseria de vuestra alma os causa vergüenza y no os atreveis... Pero decidme ¿ el Hijo pródigo tuvo miedo de partir con sus harapos?.. Venid pues también vosotros con vuestras miserias, y vuestro Padre celestial os volverá á vestir con vuestro primer vestido... Si lo diferís, vuestros harapos se echarán á perder todavía más y vuestra miseria será mayor...

Nosotros, carísimos hermanos, no queremos morir en el estado en que nos encontramos. Pues bien, cada año es mayor la distancia que nos separa de Dios; cada día pasado en estado de culpa, debilita más nuestra fé y hace nuestra vuelta más difícil. Levantémosnos pues también: vamos, sin más dilación, á echarnos á los piés de nuestro Padre celestial, á fin de que recobremos su gracia lo más pronto posible. Demasiado tiempo hace ya que nos aguarda; tenemos que volver á él sin tardanza, lo más pronto posible; si no lo hacemos así, todas nuestras resoluciones se desvanecerán, como esos fuegos fátuos que por la noche veis brillar por un segundo para enseguida desaparecer...

*Segunda parte.* — La vuelta del Hijo pródigo fué animosa. En efecto,

¡cuántos obstáculos tuvo que vencer! Mencionemos no más que los dos principales, los que impiden la conversión de tantos cristianos: la vergüenza y el respeto humano. La vergüenza: aquel joven, como llevamos dicho, había dejado á su padre, apesar de las más tiernas exhortaciones; había desdeñado sus observaciones; había permanecido sordo á sus avisos, é insensible á sus lágrimas... Y ahora, cuando todas las previsiones del anciano se habían realizado, ¿ creéis que no debió costarle trabajo volver á él? ¿ Creéis que no tenía la vergüenza y el rubor en la frente, cuando tuvo que dirigirse á su padre, á quien tanto había afligido, á quien tan cruelmente había ofendido?..

El respeto humano: ¡ no había pocas vallas por franquear!... ¿ Qué iba á decir su hermano? ¿ Qué se pensaría de él en su país?... Poco tiempo atrás había salido de allí joven, brillante, llevándose tesoros, rodeado de amigos y en el más fastuoso tren.... Hoy hay que volver solo, arruinado y en la indigencia más completa!... ¡ Cuánto se hablaría al verle pálido, enflaquecido, descalzo, y con la ropa súa y hecha girones!... ¿ No ve de antemano la grita, las mofas de los que le conocieron?.. ¿ No oye las amargas burlas de sus antiguos compañeros?... Y luego, ¿ cómo le recibirá su padre?... ¿ No debe disponerse á escuchar los reproches más sangrientos y más merecidos?... — ¡ Pobre Hijo pródigo! sí, todas estas ideas se presentaban á su imaginación... — Sin embargo, hermanos míos, ninguna de estas consideraciones le detiene; triunfa de todos sus obstáculos... Poseído de un valor, que repara ya sus extravíos, se levanta, abandona sin tardanza aquel país extranjero y vuelve á arrojarse á los piés de su padre, á confesar sus culpas y á implorar su perdón...

¡ Qué ejemplo para nosotros, carísimos hermanos!... ¡ Cuán débiles, pequeños y despreciables son los obstáculos que nos retienen, comparados con los que tuvo que vencer el Hijo pródigo!... Nosotros no tenemos que temer la vergüenza; porque ¿ qué vergüenza ha de causar el obrar bien?... ¿ Será pues el respeto humano el que nos detiene?... A la verdad, para un alma por poco fuerte que sea, para todo el que quiera reflexionar sériamente, éste es un obstáculo muy ténue...

Bien mirado, veamos, hermanos míos, quiénes son los que, en esta parroquia ó en otra cualquiera, atacan nuestra santa religión y se

burlan de los que la practican. Indudablemente vosotros que me escuchais, no lo sois; vosotros teneis la fé en el corazón, y no quisierais mentir á vuestra conciencia, criticando una cosa que vosotros conceptuais buena, aun cuando no siempre tengais el valor de practicarla: eso en vosotros fuera cobardía, hipocresía... Tal vez empero algunos de vosotros, por debilidad, se mezclan con los burlones; pero, confesadlo en conciencia, en el fondo sois demasiado decentes para vituperar, para censurar estos deberes religiosos, esta recepción de los sacramentos, á la cual vuestra madre y vuestra mujer tal vez se muestran tan fieles. ¡ Qué! ¿ os atreveríais á ridiculizar lo que consoló á vuestro anciano padre en su lecho de muerte?... ¡ Entonces no tendríais corazón. — ¡ Cómo! ¿ quereis que preparemos á vuestros hijos para la primera comunión, y os mofaríais de lo que en aquel bello dia constituirá su felicidad?... ¡ Entonces seríais unos miserables hipócritas!...

¡ Pues bien! decidme, os lo pido, ¿ quiénes son los que vituperan la religión, los que atacan á las personas animosas, que observan todas sus prácticas?... Busco... examino... ¿ Entre las mujeres?... algunas infelices criaturas medianamente desacreditadas, algo más que despreciables, y á quienes no más les falta ser impías para que tengan casi todos los defectos que puede tener una mujer... Buscad bien vosotros mismos... no encontraréis otras... Entre los hombres, descartad los ignorantes y los tontos... ¿ qué queda?... Un reducido número de chuscos, tan poco apreciables como poco apreciados, que obedecen los unos á una consigna que no procede de ellos, teniendo ingertos los otros, sobre un fondo de natural estupidez, algunas simplezas que han leído ó que se les han hecho aprender... Esto es, aquí como en otra parte, todo lo que nos puede criticar ó vituperar la práctica de la religión... ¿ Y esas mujeres despreciables, y esos hombres averiados han de ser los que con sus estúpidas burlas nos han de impedir obedecer la voz de nuestra conciencia, y cumplir los deberes que la religión nos impone?... Sí, para nosotros es un honor tener en contra nuestra á gentes de tal calaña. Y sin embargo, esto es lo que tememos cuando por respeto humano no nos atrevemos á volver á Dios... ¡ Ah! esti-

mados hermanos, ¡ qué virtud tan rara es entre los hombres el valor para el bien !...

*Tercera parte.* — Pasemos á la tercera cualidad de la vuelta del Hijo pródigo. Fué sincera.. Mirad, no trata de disculparse con su juventud, ni con su inexperiencia ; no atribuye, no echa la culpa de sus faltas á los malos consejos que se le dieron, ni á los pérfidos compañeros que le perdieron... Aquellos malos consejos los tenía que evitar, no los tenía que seguir... Lo comprende, y por esto no trata de excusarse ; su confesión es humilde : « He pecado, dice, padre mio ; he pecado contra el cielo y contra tí ; he pecado contra el cielo, porque he apartado de él mis miradas y he despreciado á Aquel que allí reina ; he pecado contra tí, desconociendo tu autoridad, rebelándome contra tus exhortaciones, desdeñando tus avisos, retirándome léjos de tus miradas paternales... Ne soy digno ya de ser llamado hijo tuyo ; con mi indocilidad y con mi mala conducta he perdido este título tan dulce ; he desgarrado tu corazón ; mis culpas son demasiado grandes para que yo las pueda reparar... Ya no merezco que me consideres como hijo tuyo : tratame no más que como á uno de tus servidores... todavía estose á para mi una gracia, un favor. »

Ved ahí en realidad, oh cristianos, una confesión verdaderamente humilde, franca y sincera... La nuestra debe tener igualmente esta humildad, esta sinceridad. No hay disposición más mala, más opuesta á una verdadera conversión que el orgullo ; y sin embargo, este defecto es muy común ; esta disposición no es rara ; ¡ infelices pródigos por tanto tiempo extraviados, parece como que Dios tuviera que estar aún sobradamente contento cuando volvemos á él !... Lo que tal vez, hermanos míos, nos engaña, son las apremiantes exhortaciones que con tanta frecuencia se nos hacen. Esto nos da tentaciones de decir : « Es menester que Dios tenga mucho interés en mi conversión, cuando tan amenudo se me habla de ella... » Es verdad, Dios tiene interés en nuestra conversión, la desea ;... pero después de todo, nos deja libres... Si nosotros, apesar de sus gracias y de su misericordia, nos queremos condenar, Dios no saldrá perjudicado en ello... Estad seguros de que más perderemos nosotros que él... No es Dios, somos nosotros mismos quienes ganamos en nuestra conversión... Si, al igual que

el padre del Hijo pródigo, nos acoje con alegría, es porque es bueno ;... pero nosotros no por eso somos menos culpables, y es necesario que, como el Hijo pródigo, reconozcamos sinceramente nuestras faltas para humillarnos á sus piés...

PERORACIÓN. — Carísimos hermanos míos, muchos hay entre nosotros que han imitado al Hijo pródigo en sus extravíos ; ¡ ojalá le puedan imitar también en su conversión !... Si hemos sabido preservar nuestros corazones de esos excesos vergonzosos, de esos vicios innobles que degradan ante los hombres, ¿ no es verdad, hermanos míos, cuando menos que no hemos prestado, que no prestamos á Dios la obediencia, el respeto, la sumisión que le debemos ?... ¿ No es verdad que habría ! para hacernos más de un reproche bien merecido ?... Y sin embargo, nos aguarda... hasta nos invita... ¡ Ah ! no cansemos su paciencia. Volvamos á sus brazos, digámosle con san Agustín, ese otro Hijo pródigo que de tan léjos volvió :

« He pecado, he cometido muchas faltas ; mi conciencia me remuerde de un sinnúmero de iniquidades. Y sin embargo, oh Dios mio, no quiero desesperar ; haced que superabunden las gracias allí donde han abundado los crímenes. Desesperar de mi perdón, sería ultrajar vuestra misericordia, sería negar vuestro amor, desconocer vuestra bondad... Esta bondad en la cual he puesto toda mi esperanza... ¿ Podré estar aterrado por mis faltas, temeré ser rechazado de vuestros brazos, cuando considere que habeis muerto por mí ?... La lanza, los clavos, la cruz me gritan que estoy reconciliado con vos, si os amo verdaderamente... Sagrada herida del Corazón de Jesús, por mí fuisteis abierta ; en ella es donde quiero descansar... Vos, Jesús mio, extendisteis vuestros brazos en la cruz, vuestras manos estan dispuestas para abrazar á los pecadores... ¡ Sí, quiero vivir y morir en los brazos de Jesús ! (1)... ¡ Así sea !

(1) Manual, cap. xxiii.